

ricion, ni qué significaba; pero tomando la ciudad en aquel mismo día, cuando perseguía á los Ciliceños que se embarcaban, vió en la ribera una estatua tendida en el suelo que los Ciliceños con la priesa no pudieron llevarse. Era una de las obras mas primorosas de Estenidas; y no faltó quien declarase que aquella estatua era de Autolico, fundador de Sinope. Dicese de este Autolico que fue hijo de Déimaco, y con Hércules partió de la Tesalia á hacer la guerra á las Amazonas; que navegando de allí despues con Demoleonte y Flogio, perdió su nave, por haberse estrellado en el promontorio del Quersoneso, llamado Pedalio; y que habiendo llegado salvo á Sinope con sus armas y sus amigos, arrebató á los Siroes la ciudad: pues la poseyeron, segun se dice, los Siroes descendientes de Siro, hijo de Apolo y de Sinope Asopide: oida la cual relacion, no pudo menos Luculo de traer á la memoria la advertencia de Sila; quien previene en sus comentarios que nada tenia por tan digno de fe y tan seguro como lo que se le significaba en los sueños. Al oír allí que Mitridates y Tigranes tocaban ya casi con su ejército en la Liconia y la Cilicia para ser los primeros en invadir el Asia, tuvo por muy extraña la conducta de aquel Armenio, que si pensaba en hacer frente á los Romanos, no se valió para la guerra de Mitridates todavía floreciente, ni juntó sus fuerzas con las de este en los dias de su prosperidad; y ahora cuando habia dejado que fuese arruinado y deshecho, sobre tibias y flacas esperanzas comenzaba la guerra, uniéndose con los que no podian volver en sí.

En esto Macares, hijo de Mitridates, que ocupaba el Bósforo, le envió una corona de valor de mil aureos, pidiéndole le tuviese por amigo y aliado de los Romanos; y entonces dando ya por fenecida la primera guerra, dejó á Sornacio en custodia de la region del Ponto con seis mil soldados; y él, con-

duciendo doce mil infantes y unos tres mil caballos, corrió á la segunda guerra, pareciendo que con un arrojó extraño, y en el que no entraba por nada la cuenta de su salud, se precipitaba entre naciones belicosas, entre muchos millares de caballos, y á un pais de interminable extension, circundado de rios profundos y de montañas cubiertas siempre de nieve: tanto que los soldados, que ya no observaban la mejor disciplina, le seguian con disgusto y violencia; y en Roma los tribunos de la plebe clamaban y se quejaban altamente de que Luculo pasaba de una guerra á otra, sin conveniencia de la república, no deponiendo nunca las armas por no quedar sin mando, y haciéndose rico y opulento con los peligros públicos; mas estos con el tiempo al cabo se salieron con su propósito. Luculo en tanto caminó á marchas forzadas al Eufrates, y encontrándole salido de madre y turbio con la lluvia, tuvo sumo disgusto por la detencion que habia de causarle en reunir barcos y construir lanchas; pero habiendo empezado por la tarde á ceder la inundacion y bajado mucho por la noche, al amanecer ya el rio se mostró muy recogido. Los del pais, advirtiéndole en medio del álveo unas isletas, y que la corriente se detenía plácidamente en ellas, se postraban ante Luculo, porque aquello no habia sucedido antes sino muy pocas veces, y porque el rio se le mostraba benigno y apacible, ofreciéndole un paso descansado y facil. Aprovechando pues la ocasion, pasó el ejército; y en el acto mismo de pasar tuvo una señal muy fausta. Crianse vacas sagradas de Diana Pérsica, que es la Diosa de mayor veneracion para los bárbaros del otro lado del Eufrates. No hacen uso de estas vacas sino para los sacrificios: por lo demas yerran libres por los pastos, llevando impresa la señal de la Diosa, que es una antorcha; y cuando las han menester no es cosa facil ni de pequeño trabajo el echarles mano.

Una de estas, encaminándose mientras el ejército pasaba á una peña consagrada segun se cree á la Diosa, se paró en ella; y bajando la cabeza como las que son tiradas con cuerda, se ofreció así á Luculo para que la sacrificase; y hecho, sacrificó tambien un toro al Eufrates en reconocimiento del feliz tránsito. Descansó aquel día; pero al otro y demás siguientes continuó su marcha por la Sofena, sin causar perjuicio á los habitantes, que saliéndole al encuentro, hacian muy buena acogida al ejército; y aun queriendo los soldados ocupar un fuerte en que á su entender habia grandes riquezas: »aquel, les dijo, es el fuerte de que nos hemos de apoderar, mostrándoles el monte Tauro á lo lejos, que este otro reservado queda á los vencedores;» y apresurando aun mas la marcha, pasó el Tigris, y entró en la Armenia.

Tigranes al primero que le anunció la venida de Luculo, en lugar de mostrársele contento, le cortó la cabeza; con lo que ninguno otro volvió á hablarle palabra, sino que permaneció en la mayor ignorancia, quemándose ya en el fuego enemigo, y no escuchando sino el language de la lisonja, que le decia que aun se mostraria Luculo insigne General si aguardaba en Efeso á Tigranes, y no daba á huir inmediatamente del Asia al ver tantos millares de hombres. Así, al modo que no es para cualquiera cuerpo el aguantar la inmoderada bebida, en la propia forma no es de cualquiera juicio el no perder la prudencia y el tino en la excesiva prosperidad. Con todo el primero de sus amigos que se atrevió á decirle la verdad fue Mitrobarzanes; el cual no alcanzó tampoco el mas envidiable premio de su sinceridad: porque al punto se le mandó contra Luculo con tres mil caballos y mucha infantería, llevando la orden de traer vivo al General, y de deshacerse á puntillazos de todos los demás. El ejército de Luculo, parte se hallaba ya acampado, y parte estaba todavía en mar-

cha: anunciándole pues sus avanzadas la venida del bárbaro, temió no los sorprendiese cuando se hallaban separados y fuera de orden. Quedóse por tanto disponiendo el campamento; y envió al legado Sextilio con mil y seiscientos caballos, y con pocos mas entre infantería y tropas ligeras, dándole orden de llegar hasta cerca de los enemigos y hacer allí alto, hasta saber que ya estaba acampada toda la tropa que con él quedaba. Sextilio bien queria atenerse á la orden; pero no pudo menos de venir á las manos, precisado de Mitrobarzanes que le cargó con el mayor arrojó. Trabado el combate, Mitrobarzanes murió peleando; y dando á huir los demás, perecieron asimismo todos á excepcion de muy pocos. Tigranes á consecuencia de este suceso, abandonó á Tigranocerta, ciudad populosa, fundada por él mismo; y se retiró al monte Tauro para reunir allí grandes fuerzas de todas partes. Mas Luculo no queriendo dar tiempo á estas disposiciones, envió á Murena para dispersar y cortar á los que trataban de unirse con Tigranes; y á Sextilio para contener una gran muchedumbre de Arabes que se encaminaban tambien al campo del Rey; y á un mismo tiempo Sextilio, dando sobre los Arabes cuando iban á acamparse, acabó con la mayor parte de ellos; y Murena yendo en el alcance de Tigranes, al pasar un barranco estrecho con un ejército tan numeroso, le sorprendió en la mejor coyuntura. Tigranes pues huyó, abandonando todo aquel aparato; y de los Armenios muchos murieron, y otros en mayor número quedaron cautivos.

Sucedíendole tan felizmente las cosas, movió Luculo para Tigranocerta, y acampándose en rededor, le puso sitio. Hallábanse en aquella ciudad muchos Griegos de los trasplantados de la Cilicia; muchos bárbaros que habian tenido la misma suerte, Adiabenos, Asirios, Gordianos y Capadocios, á los que arruinando sus patrias, y arrancándolos de ellas, los

habia obligado á fijar alli su residencia. Estaba la ciudad llena de caudales y de ofrendas, no habiendo particular ni poderoso que no se afanara por agasajar al Rey para el incremento y adorno de ella. Por esta misma causa Luculo estrechaba con vigor el sitio, teniendo por cierto que Tigranes no podria desentenderse, sino que con el enojo acudiria á dar batalla contra lo que tenia meditado; y ciertamente no se engaño. Retraiale sin embargo con empeño Mitridates, enviándole mensageros y cartas para que no trabara batalla, bastándole el interceptar los viveres con su numerosa caballería, y rogábale tambien encarecidamente Taxiles, enviado con tropas de parte del mismo Mitridates, que se guardase y evitase como cosa invencible las armas Romanas. Y al principio los escuchó benignamente; pero despues que con todo su poder se le reunieron los Armenios y Gordianos; que con todas sus fuerzas se presentaron asimismo sus respectivos reyes, trayendo á los Medos y Abiabenos; que vinieron muchos Arabes de la parte del mar de Babilonia, muchos Albaneses del Caspio é Iberos incorporados con los Albaneses; y que concurren no pocos de los que sin ser de nadie regidos apacientan sus ganados en las orillas del Araxes, atraidos con halagos y con presentes: entonces ya en los banquetes del Rey y en sus consejos todo era esperanzas, osadía y aquellas amenazas propias de los bárbaros; habiendo estado Taxiles muy á pique de perecer por haber hecho alguna oposicion á la resolucion de pelear; y aun se entró en sospechas de que Mitridates por envidia se oponia á aquella brillante victoria. Asi es que Tigranes no le aguardó para que no participase de la gloria; y poniéndose en marcha con todo su ejército, se lamentaba, segun se dice, con sus amigos, de que aquel combate hubiera de ser con solo Luculo y no con todos los Generales Romanos que se hallasen alli juntos. Y en

verdad que aquella confianza no era loca ni vana, al ver tantas naciones y reyes como le seguian, tan numerosa infantería, y tantas millaradas de caballos: porque arqueros y honderos llevaba veinte mil, soldados de á caballo cincuenta y cinco mil, y de estos diez y siete mil con cotas y otras piezas de armadura de hierro, segun lo escribió Luculo al Senado; infantes, ya de los formados en cohortes, y ya de los que componian la batalla, ciento cincuenta mil; camineros, pontoneros, azequeros, leñadores y sirvientes para todos los demas ministerios treinta y cinco mil; los cuales formando á espalda de los que peleaban, no dejaban de contribuir á la visualidad y á la fuerza.

Cuando pasado el Tauro llegaron á descubrirse sus inmensas fuerzas, y él divisó el ejército de los Romanos acampado ante Tigranocerta, el tropel de bárbaros que habia dentro de la ciudad, recibió su apareamiento con grande alboroto y gritería; y con amenazas mostraba á los Romanos desde la muralla las tropas Armenias. Púsose Luculo á deliberar sobre el partido que deberia tomarse; y unos le aconsejaban que marchara contra Tigranes, abandonando el sitio, otros que no dejara á la espalda tantos enemigos ni levantara el cerco; mas él, diciéndoles que separados ni uno ni otro consejo daban en lo conveniente, y juntos sí, dividió sus fuerzas, dejando á Murena con seis mil hombres para continuar el asedio; y él tomando el resto, que eran veinte y cuatro cohortes con menos de diez mil infantes, toda la caballería y unos mil entre honderos y arqueros, marchó en busca de los enemigos; y poniendo sus reales junto al rio en una gran llanura, se mostró á Tigranes objeto muy pequeño, siendo para sus aduladores materia de entretenimiento; porque unos lo ridiculizaban; otros echaban suertes sobre los despojos; y cada uno de aquellos reyes y Generales presentán-

dose á Tigranes le rogaba que aquel negocio lo dejara á él solo, contentándose con ser espectador. Quiso tambien este hacer del gracioso y burlon, pronunciando aquel dicho ya tan vulgar: para embajadores son muchos, para soldados muy pocos: asi estuvieron burlándose y divirtiéndose por entonces. Al amanecer sacó Luculo su ejército armado: el de los enemigos se hallaba al oriente del rio. Daba alli este un rodeo hacia poniente, y era por aquella parte por donde podia pasarse mejor: asi conduciendo apresuradamente sus tropas en direccion opuesta, se le figuró á Tigranes que huia, y llamando á Taxiles le dijo, riendo á carcajadas: ¿no ves como huye esa invicta infantería Romana? y entonces Taxiles: ¡ojalá hiciera vuestro buen Genio, ó Rey, ese milagro! pero no se visten los hombres de limpio para las marchas, ni usan de escudos acicalados, ni de morriones desnudos como ahora, quitando sus fundas á las armas; sino que aquella brillantez es de soldados que buscan pelea, dirigiéndose de hecho contra los enemigos. Decia esto Taxiles cuando ya la primera águila, que era la de Luculo, habia dado la vuelta, y las cohortes ocupaban sus puestos para pasar el rio; y entonces Tigranes, como quien se recobra con pena de una profunda embriaguez, exclamó por dos ó tres veces: ¿es posible que vienen contra nosotros? de manera que aquella muchedumbre se formó con grande atropellamiento en batalla, tomando el Rey para sí el centro, y dando de las alas la izquierda al Adiabeno y la derecha al Medo, en la que á vanguardia se hallaba la mayor parte de los coraceros. Cuando Luculo se disponia á pasar el rio, algunos de los otros caudillos le advirtieron que debía guardarse de aquel dia, por ser uno de los nefastos, á los que llaman negros: por cuanto en él habia perecido el ejército de Cepion en lid con los Cimbros; pero él les dió aquella tan celebrada res-

puesta: pues yo haré este dia afortunado para los Romanos: era el que precedia á las nonas de octubre.

Dicho esto y mandando tener buen ánimo, pasó el rio, marchando el primero contra los enemigos, vestido con una brillante cota de hierro con escamas, y una sobrevesta con rapacejos. Ostentaba ya desde alli la espada desenvainada, como que tenia que apresurarse á venir á las manos con hombres hechos á pelear de lejos, y le era preciso acortar el espacio propio para armas arrojadas con la celeridad de la acometida; y viendo á la caballería de coraceros con que se hacia tanto ruido, defendida de un collado, cuya cima era suave y llana, y cuya subida, que seria de cuatro estadios, no era difícil ni tenia cortaduras, dió orden á los soldados de caballería Tracios y Gálatas que tenia á su mandado, de que acometiéndoles en oblicuo desviarán con las espadas los cuentos de las lanzas; porque en ellos estaba el todo de la fortaleza de aquellas gentes; no pudiendo nada fuera de esto, ni contra los enemigos ni para sí, á causa de la pesadez é inflexibilidad de su armadura con la que parecían aprisionados. Tomó en seguida dos cohortes, y se dirigió al collado, siguiéndole alentadamente la tropa, al ver que él marchaba el primero á pie, armado y decidido á batirse. Luego que estuvo arriba, puesto en el sitio mas eminente, vencimos, exclamó en voz alta, vencimos camaradas; y al punto cayó sobre los coraceros, mandando que no hiciesen uso de las picas, sino que tirándolas al suelo hirieran á los enemigos en las piernas y los muslos, que es lo único que los armados no tienen defendido. Mas estuvo de sobra esta prevencion, porque no aguardaron la llegada de los Romanos; sino que al punto, levantando espantosos alaridos, dieron á huir con la mas vergonzosa cobardía, y ellos y sus caballos con sus pesadas armaduras cayeron sobre su

misma infantería antes que esta hubiese entrado en accion: de modo que sin una herida, y sin haberse derramado una gota de sangre, quedaron vencidos tantos millares de miles de hombres; y si fue grande la matanza en los que huían, aun fue mayor en los que querían y no podían huir, impedidos entre sí por lo espeso y profundo de la formacion. Tigranes, dando á correr desde el principio, escapó con algunos pocos, y viendo que á su hijo le cabia la misma suerte, quitándose la diadema de la cabeza, se la entregó con lágrimas, mandándole que por otra via se salvara como pudiese. No se atrevió aquel joven á ceñirse con ella las sienes; sino que la dió á guardar á uno de los mancebos de quien mas se fiaba; y como despues este por desgracia cayese cautivo, entre los demas que lo fueron lo fue tambien la diadema de Tigranes. Dícese que de los infantes murieron mas de cien mil hombres, y de los de á caballo se salvaron muy pocos: los Romanos tuvieron cien heridos y cinco muertos. Antioco el filósofo, haciendo mencion de esta batalla en su obra sobre los Dioses, dice que el sol no vió otra semejante; Estrabon, otro filósofo, dice en sus memorias históricas que los mismos Romanos estaban avergonzados y se reian de sí mismos por haber tomado las armas contra semejantes esclavos; y Livio refiere que nunca los Romanos habian sido tan inferiores en número á los enemigos; porque apenas los vencedores eran la vigésima parte, sino menos todavía, de los vencidos. De los Generales Romanos los mas inteligentes, y que en mas acciones se habian hallado, lo que principalmente celebraban en Luculo era haber vencido á los reyes mas poderosos y afamados con dos medios encontrados enteramente, cuales son la prontitud y la dilacion: porque á Mitridates, que se hallaba pujante, lo destruyó con el tiempo y la tardanza; y á Tigranes lo quebrantó con el aceleramiento: siendo

muy pocos los Generales que como él hayan tenido una precaucion activa y un arrojó seguro.

Por esto mismo Mitridates no se halló en la batalla: pues pensando que Luculo hacia la guerra con su acostumbrado sosiego y detencion, caminaba muy despacio á unirse con Tigranes; y desde luego encontrándose en el camino con algunos Armenios que marchaban precipitadamente dando indicios de miedo, conjeturó lo sucedido; pero despues tropezando ya con muchos desnudos y heridos, enterado de la derrota, se dirigió á buscar á Tigranes. Hallóle abandonado de todos y abatido; y lejos de añadirle afliccion, echó pie á tierra, y llorando las comunes desgracias, le cedió la familia que le acompañaba, dándole ánimo para lo futuro: asi mas adelante volvieron á juntar nuevas fuerzas. En Tigranocerta los Griegos se sublevaron contra los bárbaros, y trataban de abrir las puertas á Luculo, que aprovechando tan oportuna ocasion, tomó la ciudad. Apoderóse de los tesoros del Rey que en ella habia; pero entregó al saqueo de los soldados la ciudad misma; en la que sin la demas riqueza se encontraron ocho mil talentos en moneda acuñada; y sobre todo esto aun distribuyó del botin ochocientas dracmas á cada soldado. Habiéndosele dado cuenta de haberse cogido muchos farsantes y profesores de las artes de Baco, que Tigranes recogia por todas partes con el objeto de abrir un teatro que habia construido, se valió de ellos para los combates y juegos con que celebró su victoria. A los Griegos los remitió á su respectiva patria socorriéndolos con algun viático; y otro tanto ejecutó con los bárbaros, á quienes se habia obligado á emigrar; de lo que resultó que deshecha una ciudad, se repoblaron muchas, volviendo á recibir sus antiguos habitantes: beneficio por el que veneraron á Luculo como á su favorecedor y bienhechor. Sucedian tambien prósperamente todas las demas co-

as á este insigne varon, que apetecía mas las alabanzas dadas á la justicia y á la humanidad, que no las que se tributaban á sus triunfos militares: porque en estos tiene no pequeña parte el ejército, y la mayor es de la fortuna; cuando los otros hechos son pruebas de un ánimo benigno y bien educado; con cuyo medio iba Luculo conquistando á los bárbaros sin armas. Porque los reyes de los Arabes vinieron á buscarle, haciéndole entrega de sus cosas; la nacion de los Sofenos se hizo de su partido; y la de los Gordianos llegó hasta el punto de querer abandonar sus ciudades y seguirle con sus mugeres con este motivo: Zarbieno, Rey de los Gordianos, trató secretamente con Luculo por medio de Apio, segun que ya digimos, de hacer alianza con los Romanos, no pudiendo sufrir la tiranía de Tigranes; pero habiendo sido denunciado, perdió la vida, y juntamente sus hijos y su muger, antes que aquellos penetrasen en la Armenia. No los echó pues Luculo en olvido; sino que pasando al pais de los Gordianos, celebró las exequias de Zarbieno, y adornando la pira con aparato regio en ropas y en oro, con otras preseas de los despojos de Tigranes, él mismo le prendió fuego, é infundió en ella las libaciones con los deudos y familiares del difunto, apellidándole amigo suyo y aliado de los Romanos. Dispuso tambien que á toda costa se le levantara un suntuoso y magnífico monumento; habiéndose encontrado muchas preciosidades y oro y plata en los palacios de Zarbieno; en los que habia ademas trescientas mil fanegas de trigo, de lo que se aprovecharon los soldados; y Luculo tuvo la gloria de que sin tomar ni una dracma del erario público, con la misma guerra sostenia los gastos de ella.

Alli tambien recibió embajada del Rey de los Partos, implorando su amistad y alianza, cosa muy grata á Luculo; quien á su vez envió otra embajada

al Parto; pero los mensageros le descubrieron que este queria estar á dos haces, y que secretamente pedia á Tigranes la Mesopotamia por precio de sus sócorros. Luego que lo entendió Luculo, resolvió dejar por entonces á un lado á Tigranes y Mitridates como ribales ya humillados, y probar sus fuerzas con las de los Partos, marchando contra ellos: teniendo á gran gloria con el ímpetu de una sola guerra postrar uno tras otro, como un atleta, á tres reyes, y salir invicto y triunfante de los tres mas poderosos caudillos que habia debajo del sol. Envió pues cartas á Sornacio, que quedó en el Ponto, mandándole traer aquellas tropas para mover de la Gordienna; pero aquellos gefes que ya antes habian hecho alguna experiencia de la indocilidad é inobediencia de los soldados, entonces recibieron pruebas de su absoluta insubordinacion; pues no pudieron encontrar medio alguno, ni de blandura ni de violencia para hacerles marchar, y antes les gritaron y protestaron que ni alli querian permanecer, sino irse á casa, dejando aquel punto abandonado. Traidas á Luculo estas noticias, hasta los soldados que alli tenia le corrompieron; los cuales se habian vuelto con la riqueza perezosos y delicados para la guerra, clamando por el descanso; pues luego que el desenfado de los otros llegó á sus oidos, decian que aquellos eran hombres, y que era preciso imitarlos, habiendo ya ellos ejecutado bastantes hazañas, por las que merecian se les dejase salvos y descansados.

Sabedor Luculo de estas proposiciones y de otras todavia mas insolentes, tuvo que abandonar la expedicion contra los Partos, y marchó otra vez contra Tigranes en lo mas fuerte del estío; y cuando llegó á pasar el monte Tauro se desanimó al ver los campos todavia verdes; ¡tanto es lo que alli se atrasan las estaciones por la frialdad de la atmósfera! Con todo pasó adelante, y habiendo desbaratado á dos ó

tres gefes Armenios que osaron oponérsele, impunemente corria y asolaba el pais; y habiendo logrado apoderarse de las subsistencias que estaban recogidas para Tigranes, hizo experimentar á los enemigos la carestía y escasez que él habia temido. Provo-cábalos á batalla abriéndoles fosos delante de sus mismas trincheras y talándoles á su vista el pais; y como ni aun asi pudiese moverlos, por lo intimidados que habian quedado, levantó su campo y marchó contra Artaxata, corte de Tigranes, donde se hallaban sus hijos pequeños y sus mugeres legítimas, juzgando que Tigranes sin una batalla no abandonaria tan interesantes objetos. Dícese que el Cartagines Anibal, vencido que fue Antioco por los Romanos, se acogió á Artaxa, Rey de Armenia, para quien fue un adiestrador y maestro muy útil en otros diferentes ramos; y que habiendo observado un sitio ameno y delicioso, aunque hasta entonces desdeñado é inculto, concibió la idea de una ciudad, y llevando á él á Artaxa, se lo manifestó, exhortándole á su fundacion; en lo que el Rey vino gustoso, y rogándole que dirigiese la obra, habia resultado una magnífica y hermosa ciudad, la que tomó del Rey su dominacion, y fue declarada metrópoli de Armenia. Como Luculo pues se dirigiese contra ella, no pudo sufrirlo Tigranes, sino que haciendo marchar su ejército, al cuarto dia fijó su campo frente al de los Romanos, dejando en medio el rio Arsanía, que precisamente tenian que pasar los Romanos para ir contra Artaxata. Hizo Luculo sacrificio á los Dioses; y como si ya tuviera la victoria en la mano pasó sus tropas en doce cohortes, que formó á vanguardia, y las otras doce á retaguardia, para evitar el ser cortado por los enemigos: porque era mucha la caballería y la gente escogida que tenia al frente, y aun delante de estos se hallaban colocados los arqueros de á caballo de los Mardos y los lanceros de Iberia, en quie-

nes tenia Tigranes la mayor confianza como en los mas belicosos; mas ellos sin embargo nada hicieron digno de atencion; pues habiendo tenido una ligera escaramuza con la caballería Romana, no aguardaron á la infantería que los cargaba, y huyendo por uno y otro lado atrajeron á la caballería en su persecucion. Al mismo tiempo que estos desaparecieron, se presentó la caballería de Tigranes, y Luculo al ver su brillantez y su muchedumbre, concibió algun temor; por lo que hizo volver á la suya del seguimiento, y se opuso el primero á la gente de los Sátrapas, que como la mejor formaba contra él, y con solo el miedo que le impuso, la rechazó antes de venir á las manos. Siendo tres los reyes que se hallaron en aquella accion, el que hizo una fuga mas vergonzosa fue Mitridates, Rey del Ponto, que ni siquiera pudo sufrir la vocería de los Romanos. La persecucion fue muy dilatada y de toda la noche, de manera que los Romanos se cansaron de matar, de cautivar y de recoger botin. Livio dice que en la primera batalla pereció mas gente; pero que en esta murieron ó quedaron cautivos los mas ilustres y principales de los enemigos.

Engreido y alentado Luculo con estos sucesos, pensaba pasar adelante y acabar con Tigranes; pero en el equinocio de otoño, cuando menos lo esperaba, le sobrecogieron copiosas lluvias y nieves, á las que siguieron rigurosas escarchas y yelos, poniéndose los rios en estado de no poder beber en ellos los caballos por el exceso del frio, y de no poder pasarlos, porque rompiéndose el yelo, con lo agudo de la rotura les cortaba los nervios. La region por lo mas era sombría, de pasos estrechos y selvosa, lo que hacia que se mojasen sin cesar, llenándose de nieve en las marchas, y pasando muy mal la noche en lugares húmedos. No eran muchos los dias que llevaban de seguir á Luculo despues de la bata-

lla, cuando ya se le resistieron primero con ruegos y enviando el mensaje con los tribunos, y despues ya con mayor tumulto y alborotando por las noches en las tiendas, que parece es la señal de un ejército sublevado. Hizo quanto pudo Luculo para mitigarlos, tratando de inspirar en sus ánimos aliento y confianza, hasta que tomando la Cartago de Armenia destruyesen la obra del mayor enemigo de los Romanos: queriendo significar á Anibal. Cuando vió que no pudo convencerlos, se resignó á retroceder, y repasando el Tauro por otras cumbres, bajó á la region llamada Migdonia, muy fértil y cálida, y se dirigió á una de sus ciudades grande y populosa, que los bárbaros dicen Nisibis, y los Griegos Antioquia Migdonica. Tenia el Gobierno de esta en el título un hermano de Tigranes llamado Gouras; pero en la habilidad y direccion de la maquinaria Calimaco, el mismo que tanto dió que hacer á Luculo en el cerco de Amiso. Circunvalándola pues con su ejército, y empleando todos los medios de un sitio, en poco tiempo se apoderó de ella á viva fuerza; y á Gouras, que el mismo se rindió, le trató con humanidad; pero á Calimaco, aunque le ofreció revelarle depósitos secretos de grandes sumas de dinero, no le dió oídos, sino que mandó se le echasen prisiones para que pagara la pena del incendio con que abrasó la ciudad de los Amisenos: frustrando su beneficencia y el deseo que tenia de dar á los Griegos pruebas de su aprecio.

Hasta aqui parece que la fortuna habia militado con Luculo en sus banderas; pero ya desde este punto, como aquel á quien le falta el viento, encontrando oposicion en todo quanto intentaba, aunque mostró siempre el valor y magnanimidad de un gran General, sus hechos no encontraron ni aprecio ni gloria; y aun estuvo en muy poco el que no perdiere la antes adquirida, por mas que trabajaba y se afa-

naba en vano; de lo que no fue él mismo pequeña causa, por no ser condescendiente con la soldadesca, y por creer que todo lo que se hace en obsequio de los súbditos es ya un principio de desprecio, y una relajacion de la disciplina: aunque lo principal era no tener un caracter blando, ni aun para con los poderosos é iguales; sino que á todos los miraba con ceño, no creyendo que nadie valia tanto como él. Pues todos convienen en que entre otras muchas calidades buenas tenia esta mala: porque él era de gallarda estatura, de buena presencia y elegante en el decir, asi en la plaza pública como en el ejército. Dice pues Salustio que los soldados estuvieron descontentos con él muy desde luego, en el principio mismo de la guerra contra Cicico, y despues en la de Amiso, por haber tenido que pasar acampados dos inviernos seguidos. Mortificaronlos asimismo los otros inviernos, porque ó los pasaron en tierra enemiga ó en campamento tambien y al raso, aunque entre aliados: pues ni una sola vez entró Luculo con su ejército en una ciudad ó griega ó amiga. Estando ellos de suyo tan indispuestos, les dieron tambien calor desde Roma los tribunos y otros demagogos, que llevados de envidia acusaban á Luculo de que por ambicion y avaricia prolongaba la guerra, y de que sobre reunir él solo en su persona la Cilicia, el Asia, la Bitinia, la Paflogonia, la Galacia, el Ponto y la Armenia hasta el Fasis, ahora habia talado y asolado el reino de Tigranes, como si en lugar de someter á los reyes hubiera sido enviado á despojarlos: que fue lo que dicen le imputó el Tribuno Lucio Quinto, á cuya persuasion se decretó que se dieran á Luculo sucesores de su provincia: determinándose ademas licenciar á muchos de los que militaban en su ejército.

A este mal estado de los negocios de Luculo se agregó otra cosa que los acabó de echar á perder; y